



## Este país

creta de Haig en el «malentendido», este mismo diplomático señaló: «Fue una poco afortunada expresión, pero hay que tener en cuenta las circunstancias en que fue pronunciada. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Jean François Poncet, que estaba con él en aquellos momentos, fue sólo un poco más allá y eso que tiene treinta y cinco años de experiencia diplomática».

En cualquier caso, la visita de Haig y sus declaraciones, así como todas las cartas y notas intercambiadas por los dos gobiernos a toro pasado, no han podido alejar de la mente de los españoles esta duda provocada por el retraso de la condena norteamericana del golpe: «¿Se hubieran producido estas mismas reacciones si los golpistas se hubieran salido con la suya?».

Alexander Haig no es, además, un personaje especialmente tranquilizador. Es un «halcón», que arrancó a Gerald Ford en 1976 el permiso para fabricar la bomba de neutrones, con una gran ambición de poder. En toda su biografía se manifiesta una obsesiva necesidad de escalar al puesto más alto y en su camino hacia la cumbre no ha dejado ni un amigo.

Formado en una familia católica, el general acusa fuertemente el impacto de su paso por instituciones tan diferentes como la academia militar de West Point y la Universidad jesuita de Georgetown. Cuando, en 1974, fue nombrado comandante supremo de la OTAN, fue recibido en Europa con frialdad y fríamente fue despedido cuatro años después. «Demasiado militar» decían de él en Washington. «Demasiado político» comentaron en Bruselas cuando se volvió a la capital norteamericana con la

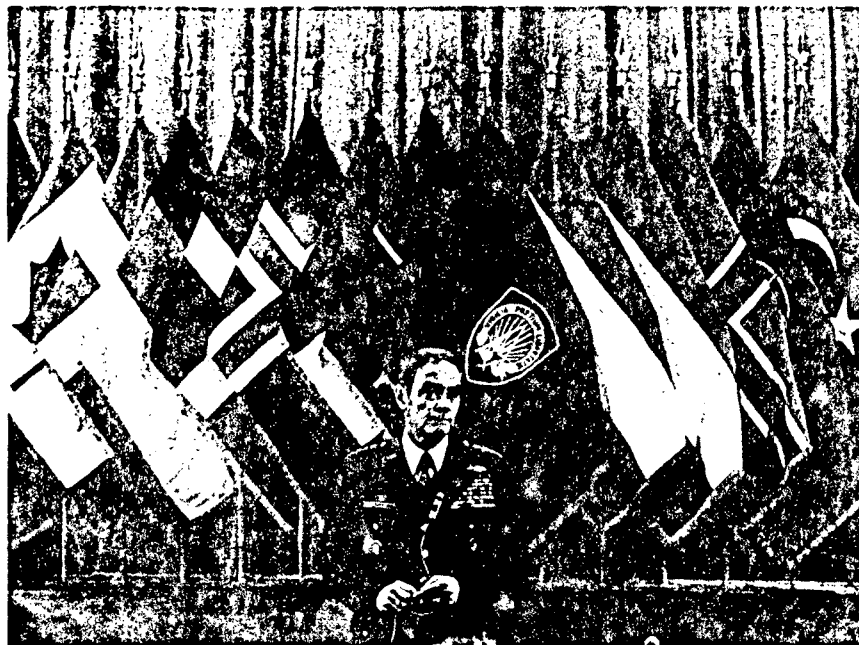
idea de llegar a la presidencia de Estados Unidos.

A la sombra de Kissinger, Alexander Haig realizó importantes misiones: preparar el viaje de Nixon a Pekín, influir sobre Van Thieu para que aceptara los acuerdos conseguidos por Washington y Hanoi... Algún periódico comenzó a referirse a él como «el Kissinger de Kissinger».

De Henry Kissinger el general aprendió algunos de los métodos más criticables de su maestro. Así, por ejemplo, el pasado 20 de enero, fecha doblemente memorable para los Estados Unidos por

la toma de posesión de Reagan y la liberación de los rehenes norteamericanos en Irán, Haig no perdió el tiempo aquella jornada en jolgorios protocolarios. Su principal trabajo de aquel día fue conseguir que el primer documento de importancia que apareciera sobre la mesa de trabajo de Reagan fuera un papel que, de haberlo firmado éste, hubiera hecho del secretario de Estado una figura con más poder que ninguno de sus antecesores, incluido el todopoderoso Kissinger.

El documento, que proponía que el presidente le diera poderes especiales



**La estrategia de Haig**  
*Proteger el petróleo de Oriente Medio*



Haig, en la OTAN  
«Demasiado político»

no sólo para actuar como ministro de Asuntos Exteriores sino para que su departamento asumiera parcelas de los Ministerios de Defensa y Comercio, le estalló hace tres semanas en las narices a Haig.

Ronald Reagan respondió cortando las alas a su halcón al crear el llamado «equipo de crisis», que sigue de cerca los conflictos internacionales graves y da las órdenes oportunas en ausencia del presidente, y poner al frente de él al vicepresidente George Bush.

Haig estuvo a punto de dimitir, pero aunque Ronald Reagan hizo una pública defensa de su secretario de Estado, lo cierto es que sus poderes se han reducido y también su prestigio.

El mismo día del atentado contra el presidente, Haig volvió a meter la pata al hacer unas declaraciones en las que se atribuía el tercer puesto en el ejecutivo norteamericano, cuando la realidad es que constitucionalmente le corresponde el quinto. La prensa se encargó de recordárselo, al tiempo que resaltaba su «excesiva ambición de poder».

## El fantasma de Suárez

En lo que parece un incontenible afán de monopolizar información, Alexander Haig partió hacia su gira por Oriente Medio, España e Inglaterra dejando al ministro de Agricultura estadounidense, John Block, hecho una fiera. La semana anterior Haig se había entrevistado con el embajador francés, que le había anunciado el proyecto francés de vender a la URSS seiscientos mil toneladas de trigo, y Haig abandonó el país sin informar de ello a su compañero de gabinete.

Con su prestigio a ras de tierra por sus actuaciones poco diplomáticas y el peso de lo del «asunto interno» incrementado por la torpeza del embajador Todman, lo único positivo que Haig encontró en Madrid fue la decidida política

exterior española favorable a incrementar las relaciones defensivas con el bloque occidental, tan diferente a la sostenida por Adolfo Suárez.

El fantasma del anterior presidente ha estado presente en la preparación de la visita y en su desarrollo. Uno de los puntos bien conocidos de la agenda era que Alexander Haig no hablaría con Adolfo Suárez ni aunque se topara con él en un ascensor. Según expresaron a esta revista miembros del Departamento de Estado, Haig no le perdona que le dejara plantado al negarse a acudir a una cita que tenía concertada con el general durante su paso por Washington a principios de marzo.

Al parecer, Suárez se excusó diciendo que estaba en visita privada y que no quería tener contactos oficiales. Sin embargo, se sabe que el presidente español quiso ver a Reagan y que al no lograrlo rechazó la entrevista con Haig porque éste «no es nadie».

Por fortuna para Haig, Suárez es ahora un simple diputado. En opinión de Washington, la política exterior del anterior presidente, en teoría pro occidental, pero presta a un juego tercermundista —abrazos a Fidel Castro y Arafat—, ha creado una inestabilidad interna en España por cuanto la URSS había llegado a hacerse a la idea de que la España democrática iba a encaminarse por el neutralismo.

En este esquema Suárez aparece como el responsable, al menos indirecto, de que a seis meses de que expire el actual tratado hispano-norteamericano España no haya dado ni un solo paso para la renovación.

«A estas alturas ya debería haber un texto sobre el que discutir —explicó un diplomático español—, porque el tiempo se echa encima. En 1976 la propuesta española ya estaba redactada desde enero y ahora ni siquiera hay nombrado un jefe de delegación.»

Los norteamericanos ya hace meses —con la administración Carter— que nombraron a Jack Kubisch como jefe de su delegación y la administración Reagan ya ha comunicado al Congreso que aumentará en quince millones anuales los préstamos a España para la compra de material militar (ver recuadro).

Aunque ha habido cambios importantes en el gobierno español en los últimos tiempos, éstos no justifican el punto muerto en que España tiene el asunto. Tampoco lo explica la expectativa de una próxima incorporación de nuestro país a la OTAN. España seguirá, seguramente, el ejemplo de la mayoría de países de la Alianza Atlántica que mantienen tratados bilaterales de defensa con los EE.UU.

Este tema de los pactos entre los dos países ha sido uno de los puntos esenciales que Haig ha tratado en las conversaciones que ha mantenido durante su visita de veintidós horas a Madrid. Otro ha sido Oriente Medio, lugar de procedencia del viaje del secretario de Estado norteamericano, donde había intentado convencer a sus aliados de que la ausencia de una solución definitiva en la zona es producto de la infiltración soviética que alimenta la intransigencia palestina.

España sería un extremo del arco defensivo ideado por Haig para la protección de los intereses occidentales amenazados por la crisis del Medio Oriente (ver recuadro) y así lo ha insinuado en Madrid. En varias ocasiones los EE. UU. han intentado, sin éxito, obtener autorización de España para que repostaran los aviones norteamericanos con objetivos en aquella zona.



Todman  
El embajador removió las aguas sucias

La probable incorporación de España a la Alianza Atlántica no ha sido protagonista de estos encuentros en Madrid. Como decía un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, «los Estados Unidos no son el país que muestra mayor interés por la entrada de España en la OTAN. Y no lo hacen probablemente porque saben que un interés excesivo por su parte podría herir nuestra sensibilidad». La sensibilidad española, exci-

tada por los acontecimientos del 23 de febrero, los «malentendidos» y las nada diplomáticas intervenciones del embajador Todman, han sido una buena prueba para las escasas dotes diplomáticas de Alexander Haig. Un sector de su departamento le había pronosticado que su paso por España sólo iba a servir para aumentar la oleada de sentimientos norteamericana que él mismo contribuyó a crear. ■